

LOS PRIMEROS AÑOS DE JOSÉ ANTONIO VAL- VERDE

José Manuel RUBIO RECIO
Universidad de Sevilla

Excmo. y Magnífico Sr. Rector. Autoridades Académicas. Familia de Tono Valverde. Señoras, Señores y Amigos.

En un acto académico de homenaje a un más que ilustre investigador, como lo fue José Antonio Valverde, parece que debiéramos hablar de sus méritos científicos. Pero eso lo hemos hecho ya, aquí en Salamanca y también en Sevilla, cuando ambas Universidades le propusimos y nombramos Doctor *Honoris Causa*.

Su abrumadora obra científica, producto de una mente por un lado excepcional y, por otro, sorprendente, no sólo se plasmó en obra escrita, sino en realizaciones materiales en pro de la conservación de la Naturaleza; méritos ambos que han sido reconocidos en múltiples ocasiones y foros.

Pero como toda vida, la de José Antonio Valverde tiene periodos, fases y/o circunstancias que no salen a la luz, como pueden ser las de sus años de juventud y sus comienzos de quehacer científico en nuestro Valladolid natal.

Allí nacimos los dos y las casualidades de la vida propiciaron nuestro encuentro y el entablar una relación espontánea, que solo tenía el incentivo de la sorpresa que suponía la personalidad de aquel muchacho, dos años mayor que yo, que se hallaba postrado en una cama con una enfermedad maldita, en aquellos tiempos. Porque Tono y su entorno familiar ejercieron una fascinación de novela para los que le fuimos conociendo.

En nuestra relación concreta, de antemano he de decirles, pienso que ha sido mucho más fructífera para mí, en cuanto a lo que yo recibía de su natural comportamiento y forma de pensar, que lo que yo le puedo aportar. Es de esos años de los que les voy a hablar, espigando anécdotas, situaciones personales o hechos, aparentemente sin trascendencia cuando se produjeron, pero que iban o fueron marcando lo que en la vida después sucedió. Es induda-

ble que el Tono científico estalla, por decirlo así, cuando a sus treinta años el General Díaz de Villegas, Director General de Marruecos y colonias y de una sección del C.S.I.C., propició su contratación para dicha institución en el entonces Instituto de Aclimatación de Almería.

Pero si a partir de aquella fecha estalló, fue posible por todo lo que había detrás. Mucho de ello espero quede reflejado en el primer tomo de su biografía o memorias, que está a punto de salir impresa¹. Yo les desgranaré recuerdos que, para mi, siguen siendo sorprendentes y que, de alguna manera, espero contribuyan a comprender y valorar aún más a la persona que homenajeamos en estos momentos.

Para empezar tenemos que remontarnos a los años 1943-44, mediada la segunda Guerra Mundial. Él no había podido terminar el Bachillerato y yo estaba en 5º. Le conocí a través de su hermano Luis y otros amigos del colegio. Todos dos o tres años menores que él y que, al salir de clase, recalábamos con frecuencia por su casa.

El grupo de amigos era aficionado a la Naturaleza y a la caza y Tono, en su postración cuasi permanente, reclamaba nuestra presencia, tras de nuestras correrías cinegéticas de los fines de semana, para que le aportásemos cualquier clase de bichos que hubiéramos capturado o matado e información pormenorizada de lo que habíamos visto, que él apuntaba sistemáticamente en sus cuadernos, en los que yo aparezco con el nombre de “el largo”.

Aquella casa, que nos acogía sin reserva ni queja, era pura y asombrosa bohemia polifacética. Don Federico, su padre, tallaba figuras en marfil o hueso y, cuando le dábamos pie, nos contaba de sus andanzas cazadoras, bajo la mirada socarrona de Tono y de Luis, que dudaban de alguno de sus extremos. Doña Carmela, su madre, siempre entrañable y paciente, soportaba estoicamente aquella barahúnda de chicos que allí llegábamos como a tierra conquistada y en la que también había inquilinos permanentes o semipermanentes del mundo animal, integrados de manera diferente en aquel hábitat o biotopo, para ellos impuesto, pero al que se acomodaban, porque daba ciertas facilidades de supervivencia.

¹ Como sugería el prof. Rubio cuando escribió estas líneas, al poco tiempo se inició la publicación de la autobiografía de José Antonio Valverde, por parte de la editorial Quercus V&V, bajo el título genérico de *Memorias de un biólogo heterodoxo*. La obra completa consta de 7 tomos, publicados entre 2003 y 2004, en los que el lector interesado puede encontrar un valioso complemento (texto, fotografías y dibujos) a la narración del profesor Rubio (*nota del editor*).

Bajo el fregadero de la cocina una cría de zorro se había hecho adulta y era el único animal sujeto. En la misma cocina había un autillo, que venía a la mano y, rascado en el cogote, se te reclinaba sobre la mano, durmiéndose en ella como la cosa más natural. Allí también hubo, desde su situación de cría a la de adulto, un críalo (*Clamator glandarius*), que exigía imperioso comida, de forma permanente e insaciable, aunque le rebosase por la boca y viniera de la mano que llegase. Una paloma zurita, capturada con un ala inútil, formó parte de la familia durante bastantes años, circulando por toda la casa libremente y dejando su “huella”, por lo que se la denominaba “Cacá”. Una urraca también permaneció en libertad doméstica durante muchos meses, sin asustarse de nadie y trasladando de un lugar a otras pequeñas cosas que, más o menos, intentaba camuflar. Un turón, con sus patas traseras inútiles, también deambuló libre, durante meses, por aquellas habitaciones y, a poco de su estancia, admitía el contacto con las personas, aunque si se producía alguna situación molesta para él, provocada con disimulo por “alguien”, podía largarte un mordisco, si eras el más a tiro, no fácil de esquivar, lo que era motivo de jolgorio general. Todo aquello, y mucho más, era una fuente de permanente asombro para unos jóvenes que venían allí una total libertad y ausencia de normas, aunque, de alguna manera, las había.

Recuerdo, por ejemplo, una reacción autoritaria de Don Federico. Un domingo en el que tras de la habitual excursión campestre, yo llegué muy ufano con un saquete en el que había metido viva, tras su captura, a una espléndida culebra de dos rayas (*Elaphe scalaris*). Tono estaba en la cama y allí, sin más, sacó la culebra emocionado, mirándola por todos lados y manoseándola sin importarle sus intentos de ataque, que el sabía inofensivos. Pero en un momento determinado de aquel espectáculo sorprendente, al menos para los circunstantes, apareció por sorpresa Don Federico y de manera terminante dijo: ni se te ocurra tener eso en casa; cuando José Manuel se vaya, quiero ver que se la lleva y tampoco quiero que la metáis para disecarla. Obedecimos y soltamos a la interfecta en el soto del Pisuerga.

La tertulia de los amigos podía hacerse en torno a la mesa camilla donde tallaba el padre o disecaba Tono, con doña Carmela leyendo novelas románticas, pero sin dejar de escucharnos, sonriendo irónica ante nuestras ocurrencias, o en torno a la cama de de Tono, donde recaía con frecuencia.

Porque Tono estaba muy enfermo. A los 15 o 16 años se cayó de una bicicleta y se produjo una lesión de rodilla, con un fuerte derrame interno. Aquello no se curó bien y derivó a una tuberculosis ósea y poco después pulmonar, que fue lo que le impidió terminar el bachillerato en su momento. Era un mal no fácil de curar en aquellos años y durante varios lo sobrellevó en casa.

Por pura afición y poder obtener algún dinero de bolsillo, aprendió, por si solo, a diseccionar y esa actividad fue durante años magra fuente de ingresos y gran fuente de conocimientos. Porque la llegada de cualquier bicho suponía una minuciosa disección y análisis anatómico, las más de las veces con dibujos, y ambas cosas tenían una doble finalidad: por un lado, reproducir de la forma más exacta posible el cuerpo naturalizado del animal que fuera y, por otro, conocer las peculiaridades anatómicas u óseas, que ya entonces atraían su atención, porque él sabía de la necesidad de hacer anatomía comparada, lo que enlazaba con procesos evolutivos, de los cuales nos hablaba dejándonos boquiabiertos.

Otro de sus centros de interés, ante cualquier bicho, era el contenido estomacal, para saber lo que cada animal comía y situarle en el lugar que le correspondiese en una comunidad o biocenosis y tratar de comprender su papel ecológico y algunos de sus comportamientos etológicos. Él, en aquellos años nos familiarizó con ese lenguaje que tardaría años en generalizarse.

Y todo ello unido a un darwinismo a ultranza, en una época en la que, en España, creer en ello era objeto de anatema. Juzguen Vds. mismos el nivel del fenómeno que vivíamos, inconscientes del valor que aquello tenía.

Cómo era posible pensar así, en aquellos años y en el medio intelectual de entonces, aislados en una provincia. Pues simplemente porque cuando la enfermedad se lo permitía, Tono no dejó ni una sola biblioteca de Valladolid sin leer todo lo habido y por haber, en relación con Biología y Ciencias Naturales en general. Pero, claro está, separando la paja del grano con una intuición fuera de norma, quedándose con lo que de verdad y a la larga resultaría cierto y fundamental. Él contrastaba, a veces, con nosotros sus observaciones y lo hacía de manera tan convincente que no nos cabía si no asentir y, de camino, asimilar lo que nos decía, aunque sólo fuera porque lo que nos decía era heterodoxo para lo que en general podía escucharse.

De como adquirió esas dotes de percepción para saber donde estaba la verdad o por donde iba ir la ciencia de la Biología, es algo no fácil de contestar. Lo mismo que no lo será el que en ocasiones posteriores, en las observaciones de campo que hacíamos conjuntamente, él captase lo esencial, cuando los demás nos quedábamos en lo circunstancial o accesorio. El desarrollo de esa destreza siempre nos desconcertó y nos hacía esperar sus diagnósticos finales, como dogmas difíciles de discutir. Lo mismo que cuando tenías la iniciativa de ir a hacer algo por tu cuenta y se lo comentabas; podéis estar seguros que te reconduciría por otro camino, para obtener, sin duda, mejores resultados. ¿De que manera llegó a ello? Es algo que ninguno de de los que

con él convivimos podrá contestar con acierto. Pero sí el decir que así ocurría.

Pero estoy anticipando cuestiones, que sólo más adelante en el tiempo se nos harían patentes. Estamos todavía en los años de los comienzos. Eran unos años en los que hacíamos aquello sin horizonte aparente. Simplemente vivíamos. Él paralizado relativamente en la cama, era como una esponja que absorbía cualquier saber que le llegase. Yo estudiaba Filosofía y Letras, pues no pude irme a Madrid a estudiar Ciencias Naturales, como era mi deseo, y me orienté hacia la Geografía como lo más próximo al mundo de la Naturaleza, aunque, entonces, la Geografía Física no era bien vista en nuestras Facultades.

Por aquellos primeros años Tono fue internado en un sanatorio en las cercanías de Madrid, del que volvió al cabo de bastantes meses, tras de unas operaciones de neumotórax. Sin curar y con el diagnóstico de que no llegaría a los treinta años.

Con esa espada de Damocles sobre sí, cuando nos reencontramos, el tiempo de aislamiento y obligada reflexión, le impulsaron a una actividad febril, porque su frase a poco de su regreso fue: en los años que me queden tengo que dejar algo escrito “importante” para la posteridad; y como de lo único que se es de bichos y, sobre todo, de pájaros, a eso me dedicaré con alma y vida. Y aunque la enfermedad, de vez en cuando le sumía en crisis, que tenía que pasar en la cama o pescando en donde alquilaban barcas en el Pisuerga, su mente no paraba y te la volcaba cuando te reunías con él.

Empezó a frecuentar, favorecido por su director M. Supiot, que captó la valía de Tono, el centro de la Alianza Francesa y aprendió francés. Se puso en contacto con Francisco Bernis, entonces Catedrático de Ciencias Naturales, de Bachillerato, en Lugo, del que sabía era ornitólogo. Y, contra viento y marea, con su pierna rígida, primero con dos muletas, luego con una y, al final, con ninguna; en cualquier medio de locomoción, se echó al campo de la meseta del Duero, recorriendo páramos y vegas, sin dejar rincón, a ver la realidad de lo que había leído o le habíamos contado.

Lo que hacía, con muy escasos medios, lo seguía financiando con sus trabajos de taxidermia. La mayor parte de las veces viajaba solo, pero de vez en cuando combinaba con alguno de nosotros.

Recuerdo de esa época un viaje con él, una madrugada, en un tren mixto, a la laguna de La Nava, en la que se iniciaban entonces las labores de desecación. Yo, evidentemente, con escopeta. Era pleno invierno y, como lo más natural, nos pasamos el día con agua hasta media pierna, recorriendo kilóme-

tros, tras de anátidas y limícolas, logrando algún ejemplar de los que el quería. Y cuando agotados regresábamos hacia la estación de ferrocarril todavía tuvo ojos para observar unas, para mi, simples cogujadas y decir: tienes que matar tres o cuatro, porque creo que entre las comunes (*Galerida cristata*) hay *Galerida theklae*. Poco conocidas entonces, pero que si resultaron serlo. No las había tenido en la mano nunca antes. Ese era Tono. El Tono que años después vería unas lagartijas en Cazorla y percibiría que eran una especie nueva para la ciencia y que hoy conocemos como Lagartija de Valverde.

Fue en esos años cuando escribió su primer artículo -creo, pero no estoy completamente seguro- sobre el área de dispersión creciente de los abejarucos en la cuenca del Duero, que transcribió al francés y mandó a la revista *Nos Oiseaux*, solicitando humildemente su publicación. Hubo una contestación rápida, por parte de la redacción, no solo aceptándolo, sino también solicitando aceptase el nombramiento de corresponsal en España. Aquello fue un primer espaldarazo que le aseguró estar en buen camino.

¿Fue el campo castellano, con su crudeza, la causa de la paulatina mejora de sus problemas pulmonares? Posiblemente contribuyera a ello. Pero también lo fueron sus ganas de vivir, su inquietud mental y su actividad desbordante, aún con sus periodos de obligado reposo físico, en los que su mente no paraba. Si llegábamos a su cuarto no era raro que echásemos una partida de mus, pero allí había montones de cuadernos de campo, carpetas con dibujos y acuarelas y bichos a medio disecar. Inevitablemente había algún inquilino vivo pasando la temporada que a Tono le viniera bien y tuviera capacidad de alimentarlo. Aparte de unos de los que hablaré después, recuerdo a un águila calzada, arisca como ella sola; unos lirones caretos; erizos, que inevitablemente escapaban Dios sabe donde; un cándido mochuelo; y unas lagartijas amarradas con cintillas pero con cierta capacidad de recorrido, a las que acostumbró a venir a tu mano si las ofrecías moscas.

Desde la publicación del primer artículo, el escribir se convirtió en un hábito y me martirizaba y abochornaba porque yo no lo hacía.

Sentía pasión por cualquier tipo de fauna vertebrada, pero le atrajeron sobremanera los buitres. Hubimos de acompañarle a las buitreras de Riaza y logró que alguien se descolgase a los nidos y subiera con unos pollos semi-emplumados. Con ellos volvimos a Valladolid y en su habitación, en unos baldes de zinc, estuvieron varias semanas, alimentándoles con deshechos de carnicerías y puedo asegurarles que el olor a carroña llegaba a la calle. Los dibujó una y mil veces y escribió paginas y más páginas en sus cuadernos de sus reacciones y comportamientos. Don Federico ya no vivía y Doña Carmela seguía soportando estoicamente cualquier cosa que pasase en aquella casa.

Al final se deshizo de ellos, pues fuimos los amigos los que nos negamos a ir por aquel cuarto, en el que el olor perduró largo tiempo.

Embarcado yo en la realización de mi Tesis Doctoral sobre la región de la Ribera del Órbigo, nos fuimos allí un par de semanas, porque yo quería tratar en ella aspectos biogeográficos. Y él me empujó y ayudó a describir comunidades y definir biotopos, cosa que no se si llegué a conseguir con acierto, pero sí me consta que produjeron algún desconcierto en el Tribunal que me juzgó. Al final todo salió bien, pero aquellos días supusieron algo más.

En nuestros recorridos cercanos a Veguellina de Órbigo veíamos volar unos, en principio y de forma indiscriminada, grajos, pero que lo hacían en una misma dirección, lo que a Tono le hizo sospechar que iban a una colonia de nidificación. Según sus conocimientos aquello era un imposible, porque en España no se conocían córvidos, salvo las grajillas o las grajas de montaña, y las que veíamos, desde luego, no lo eran, que anidasen colonialmente. Las seguimos y encontramos una primera colonia. Maté un par de ejemplares y aquello fue la locura para Tono, pues se trataba de *Corvus frugilegus*, invernante habitual en España, pero cuyas colonias de nidificación conocidas en Europa terminaban en las inmediaciones de Lyon, en el valle del Ródano.

Se trataba de todo un descubrimiento y, cuando por la noche, ya en casa, tiró de la mejor fuente bibliográfica de aquellos tiempos — el Bannerman — y certificó que efectivamente era algo totalmente nuevo, daba botes de alegría y comentaba: cómo es posible que Paco Bernis, que ha pasado varias primaveras en La Maragatería, no haya identificado a estas grajas.

Al día siguiente hubo que movilizar a un podador de chopos, llevar en un carro de bueyes una gran escalera y que el tal podador trepase a lo alto y bajase algún nido, a ser posible, uno con huevos y otro con pollos. Todo se logró y regresamos a casa con el botín. Mientras subía el podador a los chopos, dibujó el panorama de la colonia y, en los días siguientes, nidos y pollos fueron su centro de atención.

El siguiente paso fue emprender interrogatorios a diestro y siniestro en relación con las grajas y sus movimientos, hasta conseguir averiguar que en aquel entorno había unas colonias muy grandes a orillas del Órbigo, en un denso soto, en la llamada dehesa de Hinojo, cerca del pueblo de Valdesandinas. Resultaba indudable que había que ir allá, pero aquello estaba a 12 km. y la posibilidad de hacerlo era a caballo. Tono prefirió un burro y arrancamos una mañana temprano, con el incidente gracioso que, a poco de salir, aún circulando por el pueblo, el burro, con Tono encima, se encaminó sin poder variar su camino, hacia un portal abierto, metiéndose en el patio. Era

su casa y hubo el natural regocijo. De la mano del dueño salieron a la calle y decidieron que lo oportuno era atar al burro a la silla de mi caballo y así seguimos durante un buen trecho. Lástima de foto pero, en aquella época, ni máquina teníamos.

Efectivamente, encontramos la nueva colonia, mucho mayor que la primera y en la tal dehesa se produjeron nuevos descubrimientos: colleras de *Anas penelope*, posiblemente nidificantes, lo que era novedad; varios nidos de avefrías y la presencia de decenas de cigüeñuelas, patos reales y multitud de limícolas. Aquello era, entonces, una dehesa de puro pasto, desarbolada y con múltiples aguazales de relativa persistencia; con el paso de los años fue drenada y totalmente agrarizada. Solo la colonia de grajas subsistió hasta la corta del soto. Pero ese es destino de cualquier otra de las colonias de aquel rincón y carece de importancia porque biotopos similares abundan en la región.

Tono había salido de excursión varias veces con Bernis, que siempre se sintió exprimido por Tono, y para aquel año habían proyectado ir a Doñana. Así lo hicieron y en aquel periplo, en el que conocieron a Mauricio González Gordón, se coció la idea, en la que me vería involucrado, de anillar garzas en las colonias de aquel ya entonces mítico espacio. Además la necesidad de crear una Sociedad Española de Ornitología (la hoy consolidada SEO), que fundaron al año siguiente con otros tres ornitólogos: Federico Travé, Pedro Weickert y Ramón Saenz Royuela. Además de Mauricio, que ha cumplido los ochenta, quedan vivos y en activo los dos últimos.

Mauricio y su padre, copropietarios del coto con dos socios más, estaban dispuestos a acogernos para el anillado, en el Palacio, pero había que conseguir dinero para el viaje y alguien que nos proporcionase anillas.

Tono sabía (y siempre era un enigma saber cómo y por qué lo sabía) que el Museo de San Telmo de Ciencias Naturales de San Sebastián, vinculado a la sociedad Aranzadi, fabricaba anillas para emplearlas en el anillado de palomas en los pasos de Echalar. Yo ya era profesor ayudante en la Cátedra de Geografía de la Universidad de Valladolid y con papel de dicha Cátedra, como respaldo, y diciendo que el Profesor Bernis nos dirigiría, escribimos a la dirección del tal Museo solicitando financiación y anillas. Se nos contestó accediendo y pidiendo especificaciones sobre las anillas. Comenzaba de esta suerte una etapa de colaboración muy fructífera, que iba a durar bastante tiempo.

Al mismo tiempo que escribíamos al Museo Donostiarra lo hacíamos - nueva ocurrencia de Tono- al Alto Comisario de España en Marruecos pi-

diéndole autorización y ayuda económica para viajar al valle del río Lucus, con el fin de relocalizar unas colonias de garzas, citadas por un inglés, sesenta años atrás y ver la importancia de las masivas colonias de *Paser hispaniolensis*, que eran una verdadera plaga para los arrozales. Esto lo pedimos Tono y yo solos y, en principio, no tuvimos contestación.

Durante los primeros quince días de junio de aquel año realizamos, con Bernis y Mauricio González, la primera campaña de anillamiento masivo de garzas que se hacía en España. Y cuando, agotados, regresamos a Jerez, Mauricio nos dio una carta, reexpedida desde Valladolid, en la que la Alta Comisaría accedía a lo solicitado y situaba en Algeciras pasaportes y dinero. Ni que decir tiene que invitamos a Bernis al evento y para allí nos fuimos, ligeramente maltratados por el periodo de anillado, tanto en lo físico como en aspecto y vestimenta. Las anécdotas se multiplicarían hasta el infinito, pero la carta de presentación de la máxima autoridad militar de la zona nos abría todas las puertas a las que acudíamos, aunque nuestro aspecto dejase mucho que desear. En la época hippy hubiéramos pasado desapercibidos. Pero lo importante fue que se dio con las colonias de garzas y gorriones; y que les maté piezas que desencadenaron explosiones de entusiasmo en ambos ornitólogos. Una vez pasó mientras nos cumplimentaba en pleno campo un viejo y autoritario coronel, que nos había proporcionado guía y transporte, y que no salía de su asombro y me miraba a mí, atónito, sin comprender nada de lo que ante él estaba pasando. Bernis y Tono solo tenían ojos para verificar si lo que tenían en sus manos era tal o cual especie, que solo conocían de libro y durante un tiempo ignoraron la presencia de los que allí estábamos, al mismo tiempo que lanzaban exclamaciones de sorpresa y entusiasmo ante los especímenes.

La dinámica de Tono se empezaba a disparar. Volvimos al anillado al año siguiente y Tono continuó a Marruecos, esta vez solo. Su enfermedad estaba casi completamente olvidada. Siempre tuvo la obsesión - totalmente válida - de que era necesario salir de nuestras latitudes para tener otros puntos de referencia y ello le llevó a solicitar del Director del Instituto de Estudios Africanos, del C.S.I.C., General Díaz de Villegas, realizar una larga estada en el entonces Sahara Español. Su solicitud fue atendida y para allá se embarcó, dejando en mis manos la coordinación del anillado de aquel año en Doñana.

Estamos en el otoño de 1955. Tono había vuelto exultante del Sahara y se zambulló en la redacción del libro con el que había soñado tenía que escribir antes de la fecha límite pronosticada por los médicos. Y yo lo hacía empezando a preparar oposiciones a cátedras de Geografía Económica de lo que entonces se llamaban Escuelas de Comercio, hoy Facultades de Empresariales.

Al año siguiente Tono entregó el original del libro, pero la contestación de su aceptación y valoración tardó en llegar. La incertidumbre y la duda — y sin atreverse a preguntar — convirtieron al invierno del 56 en un periodo duro, en el que Tono incluso se cuestionó el abandonar su trayectoria científica y tratar de buscar algún otro tipo de trabajo. Yo le animé a esperar -sin saber bien por qué- a que aguantase. Y avanzada la primavera le contestaron con que se iniciaba la entrada en imprenta del libro.

Pero había una noticia mejor: el General Díaz de Villegas le proponía su incorporación al C.S.I.C., con destino en el Instituto de Aclimatación de Almería. Preparó unos baúles y para allá se fue, consciente de que aquello iba a ser definitivo.

A los pocos días escribió diciéndome que le mandase su libro escolar, porque, naturalmente, lo primero que tenía que hacer era terminar el Bachiller y, a continuación hacer la carrera de Ciencias Naturales.

Ello no le impidió realizar un montón de actividades, incluso el enamorarse, de lo que en ocasiones me daba cuenta en unas cartas inolvidables. En Almería enlazó con el singular y apasionante Antonio Cano. Siguió con los anillamientos de garzas en Doñana. Y no se en que momento fue pensionado para ir a La Camarga, de la que publicó un artículo extenso sobre las colonias de garzas que allí había. Artículo que provocó las iras de J. Dorst -pope francés- que le conminó a no volver a invadir científicamente aquel país, como si ellos no lo hubieran hecho sistemáticamente con España. Creo que fue en aquel viaje en el que conoció a Luc Hoffman que, a lo largo de los años, siempre le apoyaría para cualquier iniciativa que tomase.

Se realizó la *Doñana Expedition* de los ingleses, acaudillada por el entonces director de la UNESCO Julian Huxley y por el Primer Lord del Almirantazgo inglés, Lord Alambrooke. Expedición para la que pidieron de forma oficial la participación de Tono. Y cuando al final de la misma se reunieron para hacer un diseño de los principales ecosistemas y biotopos de Doñana, Tono cogió un papel de embalaje e hizo los bocetos que luego quedarían plasmados en sus Vertebrados de las Marismas del Guadalquivir, publicados en el volumen IX de la Revista Archivos del Instituto de Aclimatación del C.S.I.C.

En aquella circunstancia conoció, entre otros, a Max Nicholson, Director de *Nature Conservancy*, que le invitó a ir a Inglaterra unas semanas para buscar los diarios de científicos ingleses que desde mediado el siglo XIX habían pasado por Doñana y alrededores. Diarios que, por supuesto encontró, porque sabía donde hacerlo, cuando los propios ornitólogos ingleses -

Ferguson Lees- por ejemplo desconocían su existencia y, al decir de Tono, iban pisándole los talones para ver donde iba encontrándolos. Todo eso me lo contó en una carta en la que, al mismo tiempo, me relataba cómo había capturado truchas en Escocia con *electrochoc*, lo que le parecía, por un lado cruel y demencial, pero, por otro, muy práctico, con fines científicos, sin que eso impidiese, después, comerse algunas de las estudiadas. También me contaba que a su vuelta de Escocia hacia Londres en ferrocarril, empezó a charlar con un vecino de departamento, inglés, por supuesto, que al saber que él era español la emprendió contra el dictador General Franco y el comportamiento de la Iglesia, lo que provocó la reacción violenta de Tono que, aunque agnóstico y liberal, le habló del intolerable imperialismo británico y puso en solfa al Arzobispo de Canterbury y a toda la iglesia anglicana, a su juicio mucho más arcaica y xenófoba que la española. Lo que Tono se reía del evento, después, no es para escrito.

Detalles como los anteriores o el ocurrido con J. Dorst le llevaron a ser durísimo frente al real imperialismo científico de unos y otros que, más adelante padecería, de nuevo, en su propia carne y en cuestiones de mucha mayor envergadura y trascendencia.

Para el estudio de Las Marismas había obtenido una beca de la Fundación March y ahí empieza la larga trayectoria por conseguir que Doñana se convirtiese en un espacio protegido.

De todo, con más o menos regularidad, me iba dando cuenta, en cartas que era un contento leer, porque siempre había frases irónicas, críticas o sardónicas sobre cualquier cosa que le hubiera pasado.

Voy a terminar, antes del cierre reflexivo, con una última anécdota relacionada conmigo. Mediados los sesenta, yo estaba ya en la escuela de Comercio de Oviedo y él seguía en Almería. Terminando el invierno me llegó una escueta carta suya en la que me decía: necesito una serie de salamandras de Oviedo y que quede claro lo de serie. Colecté un par de docenas, que mantuve en un jardín y escribí, pidiéndole instrucciones sobre el mecanismo de envío. Y a vuelta de correo respondió, poco más o menos así: pides a Cucca -mi mujer- una buena bolsa de plástico, como las que se utilizan para guardar las camisas, la rellenas de algodón o guata, convenientemente empapada, de formol y allí las metes. Lo precintas con cinta aislante y listo. No sientas aprensión por ellas, ya que es una muerte dulce, porque se entrompan. La embalas en una caja de cartón y, por correo, al Instituto de Almería. Lo mismo viajan los tritones. Elemental mi querido Watson. Un abrazo, Tono.

A los pocos días llegaba otra carta en la que requería reptiles de la alta montaña asturiana, pero su materialización se truncó, traumáticamente, y solo recibió un ejemplar de víbora de Picos de Europa. Supo lo que había pasado con la segunda de la presunta “serie” y en una carta posterior me decía algo así: te dije claramente que quería series y no sólo mandas una, si no que sé que en un raptó de irracionalidad, aplastaste la cabeza de otra, por un simple mordisco, y la tiraste. Lo que te ocurrió no se hubiera producido si hubieses leído con mas atención el libro *Snakes and snakes hunting* que tantas veces te recomendé.

Podríamos seguir relatando miles de cosas más, que reflejarían su talento humano. Lo único que puedo decir, ya para terminar, es que él, sin proponérselo, contribuyó a que los que entrábamos en su contacto, pensáramos de una determinada manera que, a la larga resultaba positiva y racional. Desde mi campo de actividad profesional, el que me involucrase en el mundo de la conservación se debe a su influencia; y el que la Biogeografía haya alcanzado carta de naturaleza en la Geografía de la Facultad de Letras, se debe a la semilla que sembró en mí. En el fondo de mi quehacer estaban como animadores y como acicate permanente los muchos momentos pasados con Tono en miles de circunstancias y oyéndole.

Nuestra relación, que surgió espontánea y natural, se mantuvo en el tiempo. Jamás la consideré trascendente y no la dimos importancia. Visto desde hoy, no hay si no reconocer que fue una inmensa suerte para mí. Un verdadero lujo, fuera de toda norma. Algo que cualquiera desearía haber podido vivir o vivido.

El poder dar público testimonio de ello me lleva a darles las mas expresivas gracias por haberlo propiciado en este excepcional marco y tan bien acompañado.

Nada más y, de nuevo, ¡Gracias!

Salamanca. Primavera de 2004.